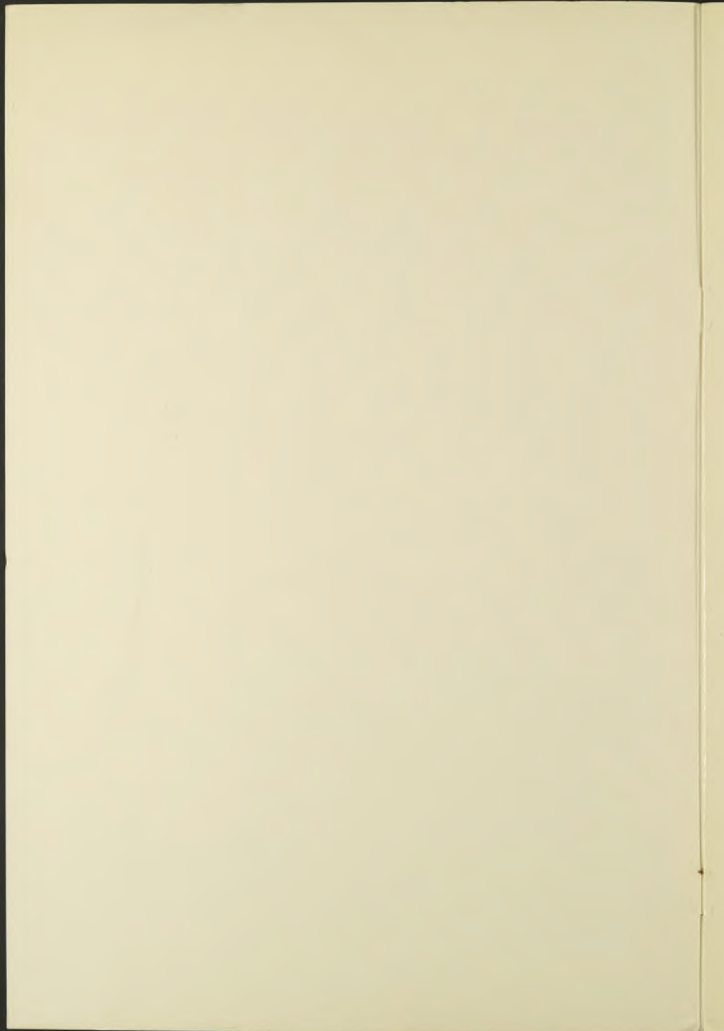


EMPIREUMA

REVISTA DE CREACION

ORIHUELA, AÑO III - N° 8 - Marzo - 87



EDITORIAL

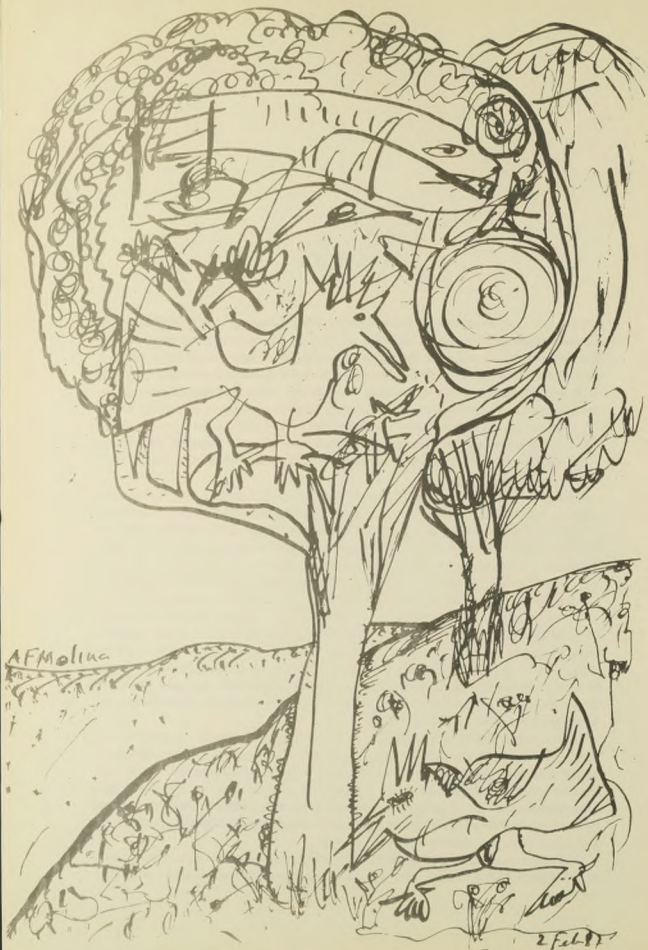
Con este nuevo número se inicia el tercer año de existencia de EMPIREUMA. Cuando editamos el 0 nuestra intención era arrasar y lanzamos a voz en grito nuestras inquietudes sin dejar de demostrar cierta inexperiencia propia de la bisoñez. Rápidamente pulularon nuestros detractores; pero con la crítica destructiva -producto de la mediocridad más ruin- apareció la constructiva, crítica que agradecemos. Nuestro espíritu fue así serenándose y las ideas maduraron, aunque la verdad sea dicha, no pensábamos que nuestra aventura llegase más allá de los cuatro números iniciales. Afortunadamente hemos contado siempre con la ayuda necesaria para seguir adelante. Hasta ahora, la sencillez unida a cierta dosis de ambición ha sido la clave de nuestra continuidad.

Desde el principio trazamos una línea a seguir en la revista y así, número tras número, aparecen comentarios y traducciones de poemas curiosos escritos por autores de este siglo junto con otros poemas tradicionales poco o mal conocidos que por su temática nos parecen de rabiosa actualidad. También la presentación de libros, la música y la pintura son apartados de gran importancia. Pero nuestro mayor logro y satisfacción ha sido ver reunidos en las páginas de EMPIREUMA autores nóveles, que jamás habían publicado una línea, con otros ya consagrados.

A veces, nuestro entusiasmo y el rigor que ponemos a la hora de trabajar quedan empañados por erratas perfectamente localizables. En algunas ocasiones quisimos respetar el original -puntuación, sintaxis, etc.- en otras nos precipitamos en las correcciones de imprenta y cuando percatamos el fallo era demasiado tarde. Como lo hecho ahí queda y la excusa a veces no disculpa, aprovechamos para pedir perdón al lector asegurándole que de ahora en adelante las correcciones serán más exhaustivas para evitar cualquier error.

Hemos suprimido la lista de libros y revistas recibidos porque la cantidad de material llegado a nuestra dirección excede el número de páginas que reservamos para dicho apartado. Precisamente por esta causa más de un colaborador quede momentáneamente frustrado por la no inclusión de su texto, pero no nos queda otro remedio que seleccionar guiándonos por esa línea anteriormente trazada. A pesar de todo esperamos que el ánimo de nuestros colaboradores no decaiga y contemos, próximamente, con nuevos textos de interés.

Al Excmo. Ayuntamiento de Orihuela agradecemos, una vez más, el patrocinio de EMPIREUMA contando con que sea éste terreno abonado para futuros proyectos.



AFMolina

2 Feb 87

Para su primer poemario, M. Hernández prepara una selección de textos cuyos nexos comunes son la métrica clásica, por un lado (décimas y octavas), y un hermetismo expresivo producto de la consciente imposición del joven escritor sobre su materia poética, por otro. El libro, con *Poledros* por primer título, es presentado en la Editorial de "La Verdad" ya en septiembre de 1932. Por imperativos de edición y colección en la que se incluye ha de variar su estructura y composición: finalmente, 42 octavas son las que configuran su *Perito en lunas*. La influencia de L. de Góngora y del culteranismo es flagrante. Miguel había leído al cordobés y se había contagiado del fervor que se respiraba en Madrid cuando él lo visita por primera vez (entre el 1 de diciembre de 1931 y el 20 de mayo de 1932). Los poemas se aglutinan en torno a un común motivo poético: Hernández describe los más variados objetos y momentos, banales muchos de ellos, captados en metafóricas formas lunares; la realidad objetual queda reducida a la expresión redondeada y enigmática, de manera similar -matatis mutatis- al movimiento pictórico del cubismo (como ha señalado J. C. Rovira).

En esta "opera prima", el oriolano más que basarse en los presupuestos ideológicos del Barroco, se ciñe a la simple manifestación de su arte literario (el atrevido ornato superficial); lejos ya de la claridad espontánea se empapa de la técnica artificiosa que le obliga a domar la lengua y su estimulante poder descriptivo, sin recurrir a la anecdota.

La realidad histórica aún no se ha imbuido en la mente de pastor-poeta, cuya vista no alcanza más allá de lo cotidiano y circundante.

La crisis y el desequilibrio histórico del s. XVII obliga a los escritores barrocos a alterar los presupuestos optimistas e idealistas del renacimiento; sobre esta base de desconfianza, un agobiante sentimiento de caducidad y un frustrante desengaño edifican una lúcida expresión artística en la que la palabra ya no puede ser reflejo de la historia o de la naturaleza, sino que se entiende como su salvación misma: "la poesía se va oponiendo a la historia y a la naturaleza, a medida que se aumenta la insuficiencia poética de la realidad", comenta adecuadamente J. Siles (1). Por ello mismo, de modo más nítido que durante el Renacimiento, el poema crea belleza y no se limita a re-crear la belleza natural, a imitarla. Vossler (2) señalaba en 1941 que al español "lo que le interesa es lo maravilloso que hay en ella más que lo natural" (p. 125), amparándose en la variedad que se le presentaba: "che per troppo variar natura è bella", según el aforismo atribuido a Ciminelli o a Aquilano.

Variedad y oscuridad son las manifestaciones básicas de la dificultad literaria del XVII: la variedad apreciable en el predominio gramatical de verbos y sustantivos, en la gran pluralidad idiomática (polisemia, sinonimia, antonimia), el desmesurado y riquísimo léxico (como en Góngora o en Cervantes o en Shakespeare o en Marino); la oscuridad insta a aguzar el entendimiento y se postula cualquier manifestación que potencie la agilidad, la habilidad, la agudeza o el ingenio del concepto, extensible también a las situaciones dramáticas, cuyas intrincadas tramas son del gusto del hombre barroco: el desenlace resuelve con lógica el complejo nudo planteado. En definitiva, "el lenguaje crea dificultad, la sorpresa la clarifica" (Siles, op. cit., p. 134).

Del resultado lingüístico de estos planteamientos seiscentistas se acomoda la nueva expresión de M. Hernández: sujeto a la forma estrófica, se deja arrastrar por una literatura emblemática en sus dos grandes obras primeras (*Perito* y el auto); el hermetismo culto de Góngora y la idea sacramental de Calderón son completados por el enigma lopeesco, expuesto en *Pastores de Belén*: la "oscura alegoría que se entiende/difícilmente", y el equívoco de Gracián: "significar a dos luces".

El poeta-pastor oriolano ha bebido demasiado en la naturaleza para eliminarla en su etapa de formación: la realidad de los años que abren la década de los 30 en España son claros, pero el ánimo de M. Hernández todavía no se ha decantado hacia la colectividad en *Perito en lunas*.

Al no poseer todavía conciencia de la realidad histórica, su compromiso no puede consistir en emanciparse; tan sólo expresa la sensación de lo que materialmente le rodea, y hasta se detiene en algo tan barroco como es embellecer lo grotesco (y afear lo hermoso), como ya dejara escrito Jerónimo de Cáncer: "que también en lo horrible / hay hermosura". Prueba de ello son las octavas XXX ("El retrete") y XII ("Lo abominable"), sobre los menesteres que se realizan en aquél, ambas de *Perito*; y otra octava ensayo de la interior, en la que copiamos sus cuatro últimos versos (defecación y micción):

*Silban sierpes y bajan amarillas,
pero delgadas asias, sobre europa,
mientras el más que opuesto bello lado
bate palmas de oro limonado.*

Pero la culminación poética producto de la consideración de la poesía como demostración de las altas cualidades humanas y artísticas del pastor M. Hernández -para consigo mismo- es la elevación a la sublime categoría poética de las realidades más groseras, hasta ensalzarlas comparativamente con la Purísima Concepción (tal ocurre en la citada octava XXX):

*Aguila de la cuenca luna monda,
sólo habéis de celparla por completo,
dónde vuestra estirpación más se agonda,
desde el lugar precivo y recoleta.
¡Pero bajad los ojos con respeto
cuando la descubráis quieta y redonda!
Pareja, para instar serpientes, luna,
al fin, tal vez la Virgen tiene una, (3)*

Muy distantes de esta poética se encuentran los directos y transparentes cantos a la ubérrita y alegre huerta oriolana, como este "¡Marzo viene...!", fechado "En la huerta, 28 de febrero de 1930":

*¡Marzo! ¡Viene marzo...! El astro de rubios
cabellos, la huerta satura y órea.
Son las brisas tibias y llenas de efluvios...
¡Marzo! ¡Viene Marzo! ¡Bienvenido sea!*

*El amplio horizonte no ostenta vellones
de nieblas, ni nubes de colores densos;
los grandiosos cielos, regios pabellones
son diáfanos, puros azules intensos.*

*Las flores despiertan de su frío sueño
abriendo a los besos del sol sus corolas;
sobre los sembrados de verdor risueño
florecen sangrientas miles de amapolas.*

*El ruseñor teje la canción primera;
el límpido arroyo musical suspira...
El vaho perfumado de la primavera
en ráfagas cálidas por doquier se aspira.*

*Los undosos huertos de las rojas frutas
estallan de blandos azahares en pomas,
mientras sus cosechas por cientos de rutas
transportan los carros esparciendo aromas. (...)*

(El Pueblo de Orihuela, 107, 10 de marzo de 1930)

Cuando el poeta haya tomado conciencia de la historia, con motivo de nuestra guerra civil, hará explícita renuncia a la naturaleza, que se retira aterrorizada por el furor del hombre acechante y desapresivo:

Se ha retirado el campo
al ver abalanzarse
crispadamente al hombre. (...)

("Canción primera", de *El Hombre Acecha*).

Y, por otro lado, concede un nuevo valor combativo a la exaltación poética de la realidad repugnante o desagradable:

Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
en el ocio sin brazos, sin música, sin poros, no usaréis
la corona de los poros abiertos
ni el poder de los toros. (...)

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

("El sudor", de *Viento del pueblo*).

El dilette emblemático se aprecia en *Quién te ha visto y quién te ve* en las adivinanzas que se prodigan en la tercera parte sobre la Eucaristía. La relación entre poesía religiosa y artificio simbólico se desentraña por la unión del primer Hernández entre fe y naturaleza.

La poesía del s. XX transforma su tradición literaria y propicia el nacimiento de la "poesía pura". El mismo R. Sijé asimila *Perito en lamas*, en su prólogo, a la poesía pura, en la línea del abate Henri Brémond, quien en 1925 pronuncia su discurso de ingreso a la Academia Francesa -discurso difundido por G. Diego en su Antología de 1932-.

La poesía es-elle dépendence de la poétique?
ou poétique et poésie, du poème? (4).

Nos resulta en este momento relevante destacar que algunas ideas de la poética de J. Bergamin presuponen un influjo fuera de dudas; he aquí unos aforismos de *La cabeza a pájaros* (1925-1930), relacionados con la concepción de la poesía como adivinanza y el hermetismo (5):

El pensamiento de las soledades es enigma. La poesía tiene su principio y su fin en la evidencia, sola, del enigma. (p. 117).

El enigma es siempre axiomático como el poema. (p. 118).

El poema no es criatura sino cosa enigmática. (p. 118).

La poesía es herméutica como el dios griego: recién nacida inmortal. (p. 119)

La relación, pues, entre poesía pura y elementos religiosos, sobre todo decantados hacia lo místico, es subrayada por Manuel Abril en *Cruz y Raya* (n.º 7), ya en octubre de 1933. No olvidemos que Hernández publica el auto sacramental en la revista de Bergamin al año siguiente. En estos momentos (1933-1934) el escritor oriolano comienza a sentir una inclinación valorativa de la realidad histórica; escribe en *El Gallo Crisís* poemas religioso-políticos, en los que, por ejemplo, llega a pedir a los labradores que no secundan la huelga en protesta por la contrarreforma agraria del gobierno de la CEDA de Gil Robles; leemos en la "Profecía sobre el campesino":

Inficionando de ambición, malgastas
fraternales carmines,
buscas el bienestar con malestares.
(...)

Tu voz, de valle en valle y peña en peña,
de tu cólera espejo contrahecho,
incita a tus iguales a verdugos,
para sacar de todo -¿qué provecho?-
más trabajo, más bueyes y más yugos.
(...)

Día vendrá en un cercano venidero
en que revalorices la esperanza,
buscando la alianza
del cielo, y no la guerra.
(O.C., Losada, 1973, 2ª edic., pp. 161-163).

La poesía pura del s. XX avanza, sin menoscabo, hacia su compromiso real, como ocurre al propio H. Brémond. Por lo que podemos establecer una diferencia en los presupuestos barrocos y el arte bernandiano, como un exponente del momento crítico de los años 30: mientras que el Barroco alcanza su poesía herméutica, su "poesía pura" como rechazo a la realidad, y se convierte en modo de compromiso (como sinónimos):

realidad - histórica crítica ————— "poesía pura" = compromiso.

Hernández inicia sus pasos en la aséptica "poesía pura" hasta profundizar en la realidad, con lo que el objeto poemático conduce al compromiso y se metamorfosea (en los 30, "entre pureza y revolución"), esfumándose la esencia pura y desembocando en la "poesía impura":

"poesía pura" ————— compromiso (= poesía impura).

Un manuscrito bernandiano, ofrecido por A. Sánchez Vidá (1979), esbozo del auto, nos introduce en la poesía simbología (repetida en poemas de la época) y nos sirve de programa poético, basado en una naturaleza como símbolo moral y guía de comportamiento ascético:

Vivo perfección. El misterio (En el invierno de la niñez). La carne (primavera). El alma (invierno). El amado (El amigo). El vicio (y el despotismo). El campo-El vergel-La soledad-El almendro-La Luz-El manzano-(escena bíblica)-quiere mandar en la carne y se arrodilla ante ella -imperio de uno mismo-Agosto-la higuera-la serpiente-La cigarra-dolores del resol-penas de la carne-la serenidad-Las nubes-los deseos-(escena de la tortura)-La araña (no puede vivir si no está atada a sus vicios, hilos). La tierra (incitándole con todo lo suyo a hacerse terreno). El aire (incitándole con todo lo suyo a hacerse divino). La piel de los ojos-El ciego (que no ha de pelear con sus ojos)-Par de niños. Batalla de primavera. Caido de estío. Paz de invierno y de muerte. Se le revela al niño el pecado de los primeros padres. De la nada hacia las cosas-de las cosas a la nada que es Dios (1º un paisaje virgen, de almendro en flor, campo y fuente)-(2º un paisaje pecador de jardines, matojos, higueras y manzanos)-(3º un paisaje de perdición).

Los cinco sentidos (cada uno ofreciéndole su arma para que peque)-La muerte-solo se estima tal cuando se muere-incómodos de la carne no me puedo acomodar ni a mi cuerpo ni a mi alma-acomodo-el tiempo antes de los veinte es lento, después fogaz que no puede más el pájaro, aire visual. (p. XLIX).

Marie Chevallier (6) resumió con acierto esta nueva actitud simbólico-moral bajo el epígrafe "El mundo visto con el signo del pecado-y de la virtud", estructurándolo así: "El mundo se convierte entonces en el lugar agitado tempestuosamente por un combate entre el alma y la carne. Toda la creación está investida de símbolos enfrentados. Pecados: las palabras, la abeja, los frutos, el follaje, la primavera, el verano, los perfumes. Virtud luminosa: la nieve, el invierno, el frío, el bueso despojado de la pulpa del fruto, el árbol desnudo, el silencio, el paisaje de una Castilla escueta, acharrada por el sol. Las estaciones son culpables o santas: el verano, lujurioso. El invierno, frío puro, alma luminosa. (p. 69).

En el auto sacramental la defensa ideológica de M. Hernández no se pierde en ambigüedades: ataca las reivindicaciones proletarias (a los comunistas, a los anarquistas...), a todo aquello que se opone o se ha opuesto a la monarquía; ridiculiza el proceso subversivo que dificulta el mantenimiento político de la derecha española (en una combinación que Hernández retoma del pensamiento sijeniano: teocentrismo y ciertas ideas tendentes al carlismo y, en menor medida, al falangismo). El dramaturgo oriolano supera el barroco lenguaje gongorino, esteticista y arcano, hasta alcanzar los barrocos tonos panfletarios de Calderón y el recuerdo de las arengas incitadoras de Lope. Finalizamos con sendos ejemplos: el primero, una octava confeccionada antes de la redacción misma de *Quién te ha visto*, es el pasaje más gongorino, y ya apunta hacia un compromiso velado de la realidad convulsa de los primeros años 30:

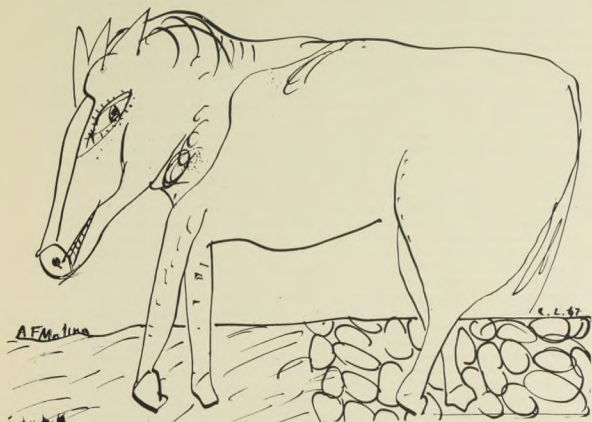
*Deponiendo blancuras iniciales,
lunas atropellando campeadoras,
con espadas de palmas surtidoras,
caídas jugando en peñeros de cristales,
imperiales granadas, dulces moras,
valencias de capullos y rosales
gana abril: cid-ruy-díaz de colores,
en campo, en lucha, en verdor, de flores.*
(I, 10; vv. 1068-1075)

Palabras que emite el Deseo (personaje negativo) envuelto en la alegría de haber logrado que el Hombre-Niño sucumba ante la tentación (por medio de la Carne y los Cinco Sentidos). Esta animosidad se convierte en pérdida reprobación tras haberse arrepentido el Hombre (y arrastrar a los Cinco Sentidos y la Carne); el Deseo relaciona directamente los aspectos religiosos con la vertiente política que hasta 1931 ostentó el poder:

*DESEO. - ¿Qué decís? ; También vosotros
bajo el yugo! ; qué vergüenza!
¿Sois vosotros los que ayer
sacabais las herramientas
a relucir contra él
en declaración de guerra?
; Vosotros, los que pediais
la igualdad y la cabeza
de todo rey! ; Los que hicisteis
de reales frutas que eran,
republicanas granadas,
sustrayendo a sus altezas,
acotadas y sangrantes,
las coronas boquiernas!
; Vosotros, los que deciais
que las propiedades fuerzan
a hacer propias propiedades
si son propiamente ajenas!
(Señala al Hombre)
; Vosotros, que me llevasteis
a cultivar esta hacienda!,
¿os dejaréis cultivar
por la punta de su reja?
No tenéis nada de hombres:
no sois machos, que sois hembras.
Por detrás consentiréis
que os den sin pedir licencia.
Pero yo me vengaré
de todos. ; Venganza! ; ¡ea!
La revolución social
he de armar en cuanto pueda.
Voy a la "Urresetí"
a dar de todo esto cuenta:
alimentaré los odios,
movilizaré las fuerzas,
hoz y martillo serán
vuestra muerte y nuestro lema;
todas las malas pasiones:
la lascivia, la vileza
de la envidia, la tra roja,
la indignación roja y negra
y el rencor descolorido,
nuestra más firme defensa.
; Ay de vosotros, esclavos,
que pasáis hambres sedientas
y no le quitáis el pan
al que lo tira a la acequia
antes que veros comer! ...
Esperadme pronto, ¡yuecas!
(Al Hombre)
Y tú, ¡tiembra!, porque aún
no sabes lo que te espera.
(III, I, 2; vv. 2791-2840).*

NOTAS:

- (1) J. Siles, *Diversificaciones*, Edit. Fernando Torres, Valencia, 1982, pág. 28.
- (2) K. Vossler, *Introducción a la literatura española del Siglo de Oro*, Austral, n° 511, México, 1941, pág. 125.
- (3) Véanse los comentarios de A. Sánchez Vidal en el prólogo a la edición de *Perito en lunas*, Edit. Alhambra, Madrid, 1976, Págs. 99-100 y 123-124.
- (4) De esta manera lo trata asimismo Sánchez Vidal, en la literatura entre M. Hernández. *Poesías Completas*, Aguilar, Madrid, 1979 "pureza y revolución", en García de la Concha, *Historia y crítica de la literatura española: época contemporánea*, 1914-1939, tomo 7°, Edit. Crítica, Madrid, 1984, pág. 669.
- (5) J. Bergamini, *El cobete y la Estrella. La cabeza a pájaros*, Cátedra, Madrid, 1981.
- (6) M. Chevalier, *L'Homme, ses oeuvres et son destin dans la poésie de M. Hernández (Etude thématique)*, Editions Hispaniques, Paris, 1974.



MIGUEL HERNANDEZ Y LA MISTICA DEL TRABAJO

Uno de los motivos clave en los registros poéticos de la obra hernandiana y casi una constante -no un recurso- en toda ella es el trabajo, el esfuerzo físico del hombre por domeñar la naturaleza y transformar la materia en alimentos y objetos de utilización para los otros hombres, tarea de mutua entrega con el prójimo a la vez que justificación y realización propias. Distinta tal idea de la del trabajo como bíblica maldición ("Ganarás el pan...") o castigo redentor por nuestros autores barrocos del XVII, amén de sus muy posteriores secuelas en los ámbitos de rancio integrista oscurantista y hierocrático: "... que el trabajo y el sudor / es propio papel del pobre", sentencian los lapidarios octosílabos calderonianos en un auto sacramental. Este tremendo concepto, judaico residuo antiguotestamentario de utilización eclesial en beneficio directo de la burguesía terrateniente, se le imbuye al joven poeta en su inicial etapa de creación lírica, por el cerrado ambiente religioso olezano, más litúrgico que teológico; por sus clases de estudio en un colegio de jesuitas y muy en especial por su trato con amigos y consejeros literarios, más o menos clericales todos ellos, a más de la lectura de los libros que éstos le prestan en su edad de lector curioso hasta la avidez y escritor receptivo hasta el mimetismo. Así, en unos versos suyos de ese tiempo suena cierta voz ajena que exhorta al campesino a que deponga su actitud de rebeldía y atienda a los cultivos con sumisa laboriosidad: "En nombre de la espiga, te conjuro: / ¡siembra el pan con esmerol!".

Unos años más tarde, por conversaciones en círculos madrileños con intelectuales de izquierda, el poeta toma plena conciencia de lo que ya tenía visto y asimilado, mas escondido en el subconsciente como algo prohibido por subversivo y transgresor del orden establecido: la injusticia social y el arbitrario reparto de faenas y ganancias entre los señores de la tierra y los siervos que la hacen rendir frutos con su trabajo. Al mismo tiempo, considera su obligación como poeta, como voz pública, el denunciar tales abusos esclavizantes, no caer en pasiva complicidad por omisión con los explotadores propietarios, por lo que renuncia a su anterior poesía de ingenuo bucalismo, aquel falsa arcadismo embaucador tan en boga por entonces bajo los pretextos del tipismo rural y el patriotismo terruñero, poesía de eficaz uso balsámico y adormecedor que disfrutaba de aplauso, ayuda y fomento entre la sociedad patriarcalista regida por la oligarquía, la clase dirigente y las publicaciones conformistas.

Miguel abre los ojos a la verdad y se rebela contra lacras y lastres de una organización social caduca y decadente, que necesita la sangre de los otros para sobrevivir. Asume y celebra su propia transformación al ateísmo, lo que implica un giro de su misticismo religioso o abstracto hacia otra mística material y tangible, la mística concreta del trabajo como función social que libera y dignifica a la persona, lo cual define su compromiso político con el pueblo humilde y desposeído, el que trabaja cada día con sus manos: "Sonreídmte, que voy / adonde estais vosotros los de siempre, / los que cubrís de espigas y racimos la boca del que no escupe...".

Una vez conseguida su propia y auténtica voz, así como su ideología, limpias ambas de influencias y ajenos ecos, alienta con ellas en sus luchas de reivindicación social a braceros y jornaleros, los trabajadores de la tierra que tanto conoce y quiere por su trato con ellos de toda la vida, pastor de cabras él mismo por el monte y el campo unos años antes, también aprendiz de hortelano al cuidó de su huerto con higueras y una morera, esto por pura afición georgíca. Su directo conocimiento de la tierra en la huerto, el agua del río que la fecunda con su riego y los cultivos que la enriquecen de frutos y cosechas infunde en su ánimo un sentimiento de emoción telúrica hacia la creación, una amorosa devoción hacia todas las criaturas vivas. Deriva de ello el sentido religioso que imprime en sus versos a las labores rurales, un sentido de materialista hilozoísmo, no de revelación sobrenatural, que tiene por tanto mucho más de gozo vitalista que de catárquica purificación. Por eso en su poesía de exaltación al trabajo se oye siempre un canto a la pagana comunión del hombre con la naturaleza y sus elementos, junto a un incontento anhelo de redención para el campesinado por medio de la revolución agraria, pues más que una reforma eso es lo que propone: "Creo en la fuerza del pobre, / creo en la tierra que labra, / (...) / cuando de la tierra sea / dueño aquél que la trabaja".

Aunque en esos poemas hay una rica policromía de luminosa plasticidad, su concepción de los trabajos del campo es más que un mero tratamiento de estética sublimación, va más lejos que una actitud de idealización platónica del asunto. El poeta -y el hombre- está unido al mismo de un modo directo, lo conoce por la práctica y por los sentidos. Cuando escribe su drama sobre la revuelta de los mineros asturianos, se somete voluntario y sin remuneración a una temporal experiencia como peón picador en una cantera cerca de su pueblo, al pie mismo del rojizo farallón enhiesto en la montaña y frente a las palmeras datileras, para conocer así en sus propios músculos el sabor de la fatiga y el cansancio en duro combate con la piedra (quizás por eso en el título de la pieza se habla de ella en vez del carbón), que su autenticidad de poeta revolucionario no le permite abortar la cuestión sin conocer más que de oídas la raíz del conflicto. En una carta de solicitud por encontrar una ocupación, cuando su traslado en el ambiente urbano madrileño, confiesa con sincera humildad: "No me amarga ni me rebaja ningún trabajo: todos los conozco. Lo mismo me da cavar olivos que recoger la peor basura". Y en otra a un oriolano amigo panadero, con motivo de haberse frustrado una publicación a su grupo de poetas, le dice en su consuelo: "Vale más hacer un pan que hacer un periódico".

Si no desprecia el intelectual, su principal dedicación, que tampoco valora ni casi menciona, su elogio es siempre para el trabajo manual ("Un olor de herramientas y de manos..."), el propio de los humildes a quienes hay que liberar de yugos y cadenas serviles: "A estas sonoras manos oscuras y lucientes / las reviste una piel de invencible corteza, / y son inagotables y generosas fuentes / de vida y de riqueza". Junto a la intención simbólica de las manos, imagen que se repite en varias ocasiones, la reiterada mención del sudor es otra metonimia del trabajo físico del hombre: "Vestidura de oro de los trabajadores, / adorno de las manos como de las pupilas" (y aquí amplía la gama o carácter de trabajos a los no manuales), una aureola -remisencia de la iconografía católica...- o corona de sudor en la frente de quien la ejerce que confiere a la actividad laboral la digna categoría de cosa sagrada: "Contar sus años no sabe / y ya sabe que el sudor / es una corona grave / de sal para el labrador".

GUILLAUME APOLLINAIRE

No podemos hablar de vanguardia sin haber hablado antes de Apollinaire. Nacido en 1880 en Roma y muerto en París en 1918 es una de las personalidades más impresionantes que haya dado la literatura francesa. Su excelente visión de futuro le llevaría a adelantarse, en sus poemas y novelas, a los dadaístas y surrealistas. Apoyó con entusiastas críticas, a los artistas contemporáneos de su época: Picasso, Chirico, Chagall, Satie, Stravinsky... y se interesó por artes como el cine y la moda.

Su poesía es una lúcida lucha contra la lógica y la moral; un canto espontáneo, optimista y desenfadado al absurdo, interrogándose constantemente con un tono a veces fatalista pero exento de oscuridad y dramatismo como luego ocurrió en la poesía de Desnos o Eluard. Sus poemas de guerra son hermosos porque no hablan de las crueldades en el campo de batalla, sino, con mucha ternura y esperanza, de las palabras que logra intercambiar con el enemigo entre combate y combate; de los momentos de alegría en la retaguardia o de la amada, a la que recuerda constantemente aun entre el barro de las trincheras. Se le ha acusado de ser irregular, de alcanzar una gran altura en poemas que luego son empañados por otros de circunstancia; pero lo cierto es que en Apollinaire no habita el artificio y mucho menos la mediocridad de la que tanto abominó.

GUILLAUME APOLLINAIRE de Poemas a Lou.

1

*Lou tu corazón es mi cuartel en ti pienso tu corazón es mi alfalfa
Mis sentidos son tus cabellos
Esta noche el cielo está lleno de sables y de espuelas
Los artilleros se alejan deprisa entre la sombra densa
Pero cerca de mí veo sin cesar tu imagen
Tu boca es la herida ardiente del valeroso coraje
Nuestras fanfarrias estallan en la noche cual tu voz
Trotas junto a mí cuando a caballo voy
Nuestros cañones del 75 son graciosos como tu cuerpo
Como el fuego de un obús que explota en el norte es leonado tu pelo
Yo amo tus manos y mi memoria
Hace sonar continuamente una marcha dichosa
Algunos soles comienzan a relinchar por turno
Somos el baste sobre el que las estrellas coccan lo suyo*

2

*El humo de la cantina es como la noche que llega
Voces altas o graves el vino sangra por todas partes
Yo saco mi pipa despreocupado y feliz entre mis camaradas
Ellos partirán conmigo hacia los campos de batalla
Dormirán de noche bajo la lluvia las estrellas
Galoparán conmigo llevando en la grupa las victorias
Obedecerán conmigo las mismas órdenes
Escucharán contentos las sublimes charangas
Morirán cerca de mí y tal vez yo cerca de ellos
Sufrirán conmigo el frío y el calor
Estos son los hombres que beben conmigo
Que obedecen conmigo las leyes de los hombres
Miran a las mujeres que pasan por los caminos
Las desean pero yo tengo amores más elevados
Que reinan sobre mi corazón mis sentidos y mis pensamientos
Y que son mi patria mi familia y mi esperanza
Yo soldado enamorado soldado de la dulce Francia.*



Ante ti unos poemas. José Alberto Pardines, su autor, nos ofrece en un discurso claro y racional, la representación enamorada de una ciudad que agoniza y se distancia cada día más del amanecer a la vida. Generaciones de hombres y nuevas generaciones han nacido para ella pero, "los mandarines han perdido el norte" y una esfinge desde el pasado se abandona al placer devorando a todo aquel que intenta resolver el enigma. La misión "terrible como el ángel..."

3 POEMAS A LA CIUDAD

No respiras. No respiras.
Te mueres en mis brazos
y no quiero que mueras.
Déjame luchar
por tu esperanza.
Sé que no te quedan fuerzas,
que tus hijos inclinaron
la balanza del olvido.
Déjame regresar
de ayer mismo,
como el indiano que llega
en el límite del momento,
como el aparecido insurrecto
que puede desafiar
al destino
con sus propias armas:
el tesón, la paciencia, el trabajo.
Sólo la mano tendida,
la caricia osada,
la tolerancia hermana,
imperen sobre la presencia
del ocaso.
No te quiero muerta.
Te quiero con la luz añil
en los ojos
y el tiempo de las cerezas
en tus labios.
Te quiero libre y nación,
ciudad y estado,
verde y tierra, agua y cielo.
Te quiero río y te quiero montaña.
Te quiero trazado de calles: mapa y nervio
de hombres.
Te quiero viva. Te quiero aliento.
Te quiero.
Pero no te quiero muerta.

Los mandarines han perdido el norte.
Al borde del precipicio,
sólo nos queda colocar unas barandas
de apoyo y contención a la inercia del vértigo.
No hay tiempo para más
y esa es nuestra única esperanza.
Para nosotros,
y para aquellos que acepten esa invitación sutil,
se reserva la extraña misión
de atajar el tiempo y las consecuencias.
Nadie fue preparado para asumir esta obligación,
terrible como el ángel y seductora como Cibeles.

Detente un momento ante el vacío,
observa el horizonte, reflexiona
sobre el vasto dominio del espacio,
recuerda la rama dorada.
Sacrifica tu vida, pero no en balde.
Construye tu ciudad interior. Reconstruye
con los demás la ciudad exterior,
y que ésta sea a imagen y semejanza
de la suma de vuestras ciudades.

JOSE ALBERTO PARDINES

JESUS ARQUES

Aprendiendo a deletrear sin voz la palabra Nietzsche.

Por los espacios abiertos de Chirico,
insoportablemente abiertos y extendidos
como mares lisos improbablemente llanos,
como todas las autopistas vacías,
quiméricamente, angustiosamente persiguiendo
el horizonte con sus líneas condenadas
a lo recto

explanadas sin fuegos y sin aire,
ni mar, ni sombra, no puede
haber accidentes sin rocas, calor
sin suelo que pisar, puro tiempo,
segundos extendidos sin aliento
hasta el límite impreciso de lo eterno,
o todo al revés y vuelta.

Polanski lo sabía.

Ratas desmesuradamente grandes
se internan por las casas obviamente oscuras
y simulan contemplar sus receptores
mientras cavilan la forma de convertirse
en perros para poder morder.

Nefernefernefer

También ella explotaba burbujas de neón en sus párpados
y se quedaba hierática... la rigidez de las esfinges
enmarcadas en luces sicodélicas y hierbas tóxicas...
venenos, todo eran venenos y mujeres cobra en las mastabas;
amor reptil: al acecho y estático: amor traidor...

La estepa en llamas

Comunica a Margherite que ya arden
las estepas Caucásicas, los Fuegos Infernales
de Flandes; atardeceres apocalípticos encienden los campos
los campos; los cuerpos ofrecidos no son siempre pregunta?;
sólo tengo una llave para abrir todas las almas;
las alboradas chinas constituyen la expresión máxima
de la felicidad; cirios de punta caen y explotan,
iluminando los sótanos, las buhardillas y las alcobas.

Comunica a Margherite que, aunque digan lo contrario,
ya arden las estepas Caucásicas, los Fuegos Infernales,
todos los Fuegos... es más, siempre han ardido.

Nowhere Land

El sentido del vacío
es perverso cuando asoma
en los momentos más intensos
y peligrosos de la realidad.
Te miras y no hay nada,
te asombras y es lo mismo:
todo es igual en la tierra
de ningún sitio.

Escombros

"Recuerda Babel, recuerda Babilonia..."
me gritan desgarradas tus adelfas asesinas
a imperdibles en las faldas blancas. La vocación
de albañil, de arquitecto de templos y de altares,
el deseo suicida de levantarse en vuelo leve
de cantares o púlpitos sólidos, no tiene sentido
en las cenizas alcalinas, en el polvo petimetre
y altivo de los jinetes detenidos en sal.
"Era imposible" -me gritaban tus entrañas alunadas
y las mías invidentes, -"era totalmente imposible..."

La vida fría

Se apagan todos los colores
y se entrece la posibilidad
de que algo suceda. Se enfría
la realidad, suavemente se duerme.
Los motivos se esconden
tras las esquinas y confabulan,
preparan la próxima intriga.

Se ha acabado la noche

Se ha acabado la noche,
ya no más oscuridad,
ni sombra, ni frescura.
El sol hace pesados
los cuerpos sin descanso
y borra las impresiones
que diferencian las cosas,
y el paisaje se resuelve
en destellos más que blancos,
y, a la luz, cómo se nota
lo sucio que está todo esto,
reseco, viejo; ya no hay secretos,
sólo polvo ciego y encendido
que cubre al que se duerme
y lo hace arena, que ensucia
a los que aman y los yerma,
que asfixia a los que piensan
y, por dentro, los quema.

Vocación de Salcillo

Era el momento del suspenso,
la duda carcomía las casullas
en los cajones del marrón más severo
y corroído...

... inciensos y sudarios
para morir crucificado...

Era el tiempo de las lágrimas,
de las espinas lacerantes y las llagas
delatoras, era terrible aquella atracción
del cielo...

...incendios de cuerpos
tristes, pálidos y dramáticos...

No hubo

No hubo ninguna razón
para arrojarle al mar las caracolas sedientas,
no era el momento. La sal corría
enloquecida de copa en copa
petrificando las cataratas y los sueños,
deteniendo las auroras boreales,
apagando la luz de las carcasas y los fuegos fátus
Farolas enlutadas
pedían justicia al sacerdote de las Pasiones Violeta
Federico agachaba la cabeza
y desaparecía en el firmamento,
como devorado por una luna mayor que mi dese
y regresaba al país de Nevermore:
era al final.

No había razón alguna
para ofrecerle al mar las caracolas sedientas;
es más, ni siquiera hubo mar.

Interior con muebles blancos

¡Que nada perturbe la paz de esta habitación...
¡Que ninguna mota de polvo extraño visite sus contornos...
¡Que nada se mueva, ni retumbe; ni siquiera el aire...
¡Que todos nos quedemos igual de quietos, así de muertos...

ANFORA

Portadora del vértigo
Las mareas profundas
Agitan tu arcano reposo
Te regresan y condenan
Nuevamente crueles
A contener
Sus espermas sombríos
Te enfrentan prisiones sargazos
Redes y algas
Donde cristaliza marino
El deseo
Y tus ansias corrientes angostas
Grietas oscuras
Creciendo tentáculos
Portadora del vértigo
Tú que ondulas salinos estratos
Que rozas con tu sexo
Labiales arenas
Dime acerca de las pálidas aguas
De tus espacios
Retórname a las noches oceánicas
De aquel tiempo esponjoso.

JOSE MANUEL RAMON

La hierba necesita del agua
se ondula y se abraza a la tierra
En la asfixia se origina la quietud
Pero toda pausa contiene un grito
Basta la luz para prender la llama
Mansa hierba en los atolones vespertinos
tan amargo hábito en el palpito de la sed
tal vez unas gotas de fuego sirvan para mitigarla
La sed de la hierba es nuestra sed
con toda su enercijada
Lloviendo espumoso el deseo
heridos los labios abrevan humedad
pero ningún cielo eyacula
ninguna lengua chispeante ahueca
En esa fuente imposible se halla el curso de la vida.

JOSE LUIS ZERON

Derramado al rompiente
Mis dedos hurgan atardeceres salinos
El recuerdo de simas caudalosas
La arena virgen de los labios
Y mi infancia de esponjas
Bogando arcanos oleajes

Allí giro y giro
Buscando la creciente
Las cetáceas espumas
De esta mar sin naufragios
Allí cerca los astros marineros
Las conchas espirales
Que dicen su geometría

Demasiado tarde
Volver a la tibieza de las arenas
Sentir con tierno recato
El roce tentacular de las medusas
Pronto alejar de mí
La luz y sus tragedias

Abro los sentidos y observo:
Llevo algas tinieblas en el rostro
Noches de sal dragándome los ojos
Y esta angustia de mis manos
Que se rompen en las paredes.

No soy sino ese árbol
que arde ante mis ojos
El tronco vulnerado recita
su epitafio
La corteza se abre
para mostrar las llagas
de su pensamiento
mas ancladas a la tierra
las raíces permanecen firmes
Yo estoy en ese verdor dolorido
en esa saliva que resbala
como lágrimas incendiadas
No soy sino esa convulsión
ese presagio de silencio.

En uno de mis rutinarios paseos, alejado de la bruma de la ciudad, encontrábame ante tanta inmensidad saturada de crepúsculo. A lo lejos vetustas casas y automóviles que avanzaban por los caminos polvorientos. Una cálida brisa anunciaba la caída de la noche. Tras andar por un estrecho sendero me senté debajo de un largo y frondoso grupo de cipreses de sombra femenina. Las estrellas se unían en la gran bóveda como la flor muerta pero latente en aquel lugar; entonces fue cuando observé aquella figura ante mis ojos. Era ella, enigmática, sorprendente, con una túnica que parecía irradiar destellos de luz. Hablamos de nuestro encuentro tan azaroso y poco a poco, nos sumergimos en un largo beso que acabó con la desnudez de nuestros cuerpos. Contemplé sus hermosos pechos. De su boca brotaban estrellas. Esperé a penetrar en ese espejismo latente que tenía ante mí; sus manos, mis manos recorrían los muslos hasta llegar a su vagina cálida y sedosa.

Llantos de dolor en el caos de la primavera de aquella tierra convertida en arrepentidas voces mutiladas, gemidos de dolor y de gozo en la noche degollada. Tal vez la realidad superó a la imaginación, pero cuando todo terminó ella se evaporó en una delicada niebla esperando un adiós. Su túnica yacía en el ciprés, ese árbol soñoliento, esa espuma de vida reflejada en nada; yacía en ese prelude que quizá nunca volveré a experimentar. Soñando volví a penetrar en la bruma que tanto odio.

TRAS UN LARGO CAMINO HACIA ATRAS

- Deshojándome en el círculo
de mi interior, superfluamente vestido
con harapos,
 encendidas voces
 acarician mi cuerpo
- Andadas retorcidas
bajo la esperada mirada
- Pintando encuentro
al ser desnudo mirando
hacia la cúpula roja
- Observa como los besos desaparecen,
observa, invulnerable, como te arranco
tus genitales, mis genitales

FERNANDO PIÑEIRO

VII

El hombre supo la fuerza de la llama
por la ardiente lava que calcina la roca del monte,
por el rayo que arde en el bosque de nogales y albos alerces,
cuando resta carbón, cenizas y silencio
donde hubo flores, piñas, nueces, pájaros, ardiillas...

Al sentir el calor que da la luz, dispuso
la ardiente brasa al rojo como perenne hoguera
sobre el ara de un gran pedrusco negro,
para ofrecer los ritos mágicos del fuego y de la sangre
que traen fecunda vida a las estirpes
o abundancia en la caza y las cosechas.

Aprendió el ígneo brote originario
golpeando el duro pedernal contra la peña,
el humo inicial frotando secos troncos de sauco.

Y cuidó el manejo del incendio
para alumbrar la larga noche oscura,
forjar el hierro en armas y herramientas,
ahuyentar la ferocidad del tigre
y cocer los alimentos,
asando carnes de faisanes, ciervos y salmones;
para oficiar nocturnas magias de luces en tinieblas
y quemar leña del árbol limonero por oler el agrio aroma...

S. L. G.

SILENCIO ACUCHILLADO

*Un hachazo en el silencio de la noche
era tu grito ansioso en la penumbra
del cuarto - inmenso pozo
de soledad y angustia.*

*La luna golpeaba en la ventana
con sus dedos de luz,
y las estrellas
eran grillos de azogue martilleando
en el espejo azul de los arroyos.
El latido de un perro y de los gallos
el clarín puntiagudo
están más cerca
del oído y las sienas enervadas.
Del corazón, como una cuerda tensa
de guitarra que vibra suavemente,
hay una fibra que al recuerdo llega.
El silencio es más hondo que un misterio
y tu grito un hachazo que lo quiebra.*

*No bajaré ya al valle
donde la lumbre de las fuentes espejea de espasmos:
me quedaré en la cima de mis sueños
como una nube presa entre los riscos
que exprime el viento cárdeno del crepúsculo agónico.
No bajaré ya al valle.
Me quedaré ya para siempre,
como el último sol,
en la cima más alta de mis sueños
alegremente iluminada por la dorada luz de mis recuerdos.*

Luis Gago Fernández (Elche)
De "AL BORDE DEL SILENCIO" (inédito)

*Ella. Ni del agua. Aunque amada de navegantes fieros
Hermoseada de naufragios, revestida de plata chorreante.
Coronas de todos los mares por sus ojos. Pero no.*

*Ella. Ni del aire. Aunque los pájaros sólo sepan su canción
Y la respire en cuanto la ves y siempre es poco y siempre demasiado.
Coronas de todos los cielos por sus ojos. Pero no de ahí.*

*Ella. Ni de la tierra. Aunque los hombres enloquecen al verla.
Donde llora hay un desierto, donde rie fronda.
Coronas de todas las piedras por sus ojos. Pero no la tierra.*

JOSE MANUEL GOMEZ FEITO

DESISTO

*Desisto de esos ojos
color a brillo de locura,
a brillo de noche dislocada,
a mañana perversa,
a noche rota.
Desisto y me abrazo a Maiakowski,
a Eliot, a Vallejo,
a Rimbaud, a Cernuda...
y a tantos que comparten la aurora que divido
y muerdo y trenzo sus cabellos
como si de un animal hermoso se tratara,
porque odio lo estrangulado de la espera,
los ombligos rociados con azufre,
ese holocausto de versos con ojeraz azules.*

Juana J. Marín Saura
Perteneiente a un libro inédito.

A VECES II

*A veces...
cuando nos encontramos en el aire
los ojos se nos vuelven violeta.
Cuando nos encontramos
en las esquinas puntiagudas de las torres,
estiramos nuestro cuerpo igual que una cinta delgada e infinita
que saluda a los traviesos pájaros del atardecer.
A veces...
nos perdemos entre la espuma y el azul,
entre el horizonte...
y asomamos la cabeza, a lo lejos,
confundidos entre las saladas gotas del Mediterráneo.
A veces,
la mirada, las manos,
la respiración y los sueños
se cubren de un polvo finísimo de estaño
que no responde a sol ninguno de Agosto.
A veces...
A veces...
¡Cuanta palabra escrita
y que poca esperanza en los ojos de los niños!*

LLEGAR...

«¡A qué decirte más, Miguel, ya sabes!»

*Desmantelar tu viento acornalado
desde el andamio de esta amanecida
y enjalbogar la tapia envilecida
que enhuelece tus ojos. Convidado*

*a tu muerte, uncirme al desiado
avatar de tu siesta sumergida;
quiero heñir con el magma de tu herida
la cochura de un pan crucificado.*

*Peregrinar tu sangre, inmiscuirme
en los andrajos que ornan tu aposento
y hacer como que duermo, y no dormirme.*

*Templar tu diapasón, deshabitarte;
indagar el más cómplice momento,
y hacia la media noche regresarte...*

*Regresarte a tu huerto a corto paso,
recolectar tus sueños naranjales
y bebernos tu hiel vaso tras vaso.*

YA NO ES MUERTE LA QUE CUENTA.

Luna de muerte.
Ortiga.
Muro de silencio.
Voz que se va. Giralda herida.
¿Dónde el alba
podrá leer su azul capullo,
dónde?

Cal de la angustia.
Cielo con zanjas.
Negra llama.

Un espolón la nada
hiriendo el cauce de su sangre.
En su sarcófago la muerte.
Hemoglobina marchitada.
Calcio sin ruta
a la deriva entre sus poros.

Subo sus capilares
deshabitados. Las raíces
desde sus gélidas clavículas
levantan
torres de lirios y semillas.

Navega el cráneo eternidades
sin orillas.
Aman la tierra sus torreones.
Sube su voz ya descarnada
desde el cieno.
Y por sus huesos canta América,
florece
con su guitarra de aleruyas y alboradas.
Lleno de gloria. Universal.
Casi infinito.
Ya no en su muerte la que cuenta,
sino el alba.
Su siembra de águilas-ventanas-pitahayas.

Ya no su rota cuerda.
Ni su agonía sin dinteles.
Ya no sus hebras derribadas
que cayeron
en el desgarrador rito de piedras
de la muerte.
Ya no es el árbol de sus venas.

Porque él está,
hoy como ayer entre los hombres.
Es la resurrección total
con sus gorriones.

Ya no es su muerte la que cuenta.
No es su muerte.
Vedlo en la luz de fina llama
articulada.
Ahí como Honahpú e Ixbalanqué
tras los destellos
de un rojo incendio de semillas
ancestrales.

Luna de muerte ¿por qué el mármol
ya no ciega
su órfebre lámpara de sienes
inmortales?

I. TIEMPO INMOVIL.

Huérfano de alas, el tiempo
inmóvil se detiene.
Cada minuto es una llave
sin raíces.
El viento ciego.
Las ciudades y sus perros.
La voz sin lindes.
La palabra sin riberas:

Todo el dolor sepulta
las golondrinas de mis hombros.
Nada hay de extraño.
Nada conmueve.
Todo gira...

Las horas llegan y golpean.
Se está muriendo el alba.
Una ventana está goteando
su nostalgia.
El llanto de un niño
es un cuchillo sepultado.

Todo es monótono.
La llamarada de mi sangre.
La luz chorrea
sus cenizos macerados.
Un intercambio de silencio
se despeña.
Cae un cerrojo.
Un mirlo herido se deshace.

Rueda la lluvia
como un tren descarrilado.

Ya nada es.
Ya nadie sueña.
Las mariposas se detienen.
Las semillas
alargan lámparas
de llanto que destierra.

Sólo el cerebro se resiste
a darle tregua
a esta orfandad de lampadarios
que me duele.

Estoy aquí.
Lleno de muros, de silencio.
Deshabitado.
Azul.
Extraño.
Dividido.

¿Dónde el destino alza su voz?
¿Dónde los peces
siembran su huella temeraria?

César Augusto de Morales
(Guatemala)



2.2.87

A. F. M. S. 4

LA Balsa

Soy el cuidador de la balsa sagrada. Yo así la acepto, a pesar de la derrota que sufrí soñándola y de la espuma que acompaña sus visiones. Sus aguas reflejan la historia de todas las cosas en un sólo suceso, y lo hacen porque son mágicas y porque a través de sus ondas se detalla el fundamento de lo que persiste vulnerado: el hombre y su universo grandilocuente.

Me encuentro muy lejos de la ciudad, y valdría decir del mundo, cuyo desarrollo actual desconozco pues hace mucho tiempo que no he hablado con nadie y por los alrededores escasas veces puedo notar alguna figura fugitiva. Pero mi situación es estratégica.

Mi choza se encuentra algo lejos de la balsa, aun así desde las ventanas puedo observar su depresión en la tierra, el reflejo de la luz y cómo tiembla el césped de alrededor siempre por última vez.

La espesura que crece a sus orillas y los árboles trágicos que observan la vorágine en el agua no se convocan en vano; siempre mantienen el hechizo de la visión.

A unos metros escasos de la balsa, en la hondonada contigua, hay una pequeña extensión de terreno ácido al que ha ido ganando la ciénaga. Este espacio era hace muchos años un cementerio. Por allí solía pasear durante la mañana, cuando el sol borraba el retorcimiento nocturno, y yo me subyugaba ante la idea de que seres que habían sufrido y experimentado el curso proceloso y multiforme de la vida quedasen reducidos, insólitamente, a un conjunto de huesos que, ignorados por los que continuaban la vida, permanecían hasta su total pulverización perdidos en las entrañas del suelo que yo pisaba ahora.

A menudo imaginaba fascinado, que el agua, a través de la turbera, removía la tierra y absorbiendo los restos, éstos terminaban por asomar en el aire.

Al reparar en los que allí yacían, recordaba la razón por la que custodiaba el agua mágica. No estoy seguro todavía de en qué consiste exactamente mi misión, a pesar de las reflexiones que he hecho sobre ello cientos de veces.

Recuerdo que rechazé la purificación mediante el fuego para elegir la del agua que es a un tiempo la más sutil y tempestuosa.

Después de recibir y asimilar mi destino en la respuesta que obtuve del mundo, tan vasto en su ambigüedad, fue mi deseo o más bien, se me obligó a ello, el retraerme del contacto populoso y entregarme a traducir el misterio de ese mundo en el espejo del agua profunda. Concebí ese oficio como una forma agónica de esperanza, pues creí poder mostrar el sentido de lo venidero, la traba gestada en su trayectoria final.

Hidromante quedo, adorador de la palabra y del agua, ando alrededor de la balsa invocando un brillo nuevo; investigo sus crecidas y sus descensos; vigilo sus más mínimos encrespamientos; atento a poder captar el gran prodigio que creo se aproxima, registro en sus veladas agitaciones el curso dual y dramático que el hombre imprime a su universo.

Antiguamente se creía que sus aguas concedían dones y que en la superficie se podían leer presagios cruciales. Su fama se trastornó a raíz de la desaparición de un príncipe, niño todavía, que cayó al fondo de la balsa sin poder ser rescatado, cuando quiso prever lo que ocurriría durante su reinado. Desde entonces, y con la suma de algún que otro hecho o invención marginal, se dijo que las aguas de la balsa estaban malditas y que un conjunto de demonios habitaba el inextricable fondo.

Pero el agua, como agora, puede predecir tanto lo bueno como lo malo y asimismo, sus dones son diversos, pues la clarividencia que otorga nos permite advertir con la misma fuerza, (la intensidad de sus presencias en el mundo), la perversidad y la belleza.

Vislumbro el terror cuando me interrogo acerca de la existencia de la balsa y de la existencia de su hecho mágico, conjuntamente; y cuando medito en la causa arcana de que sus aguas posean tales virtudes, y cómo estas virtudes han llegado a ser en ella, y cuando pienso en los torbellinos con los que comunica su fondo.

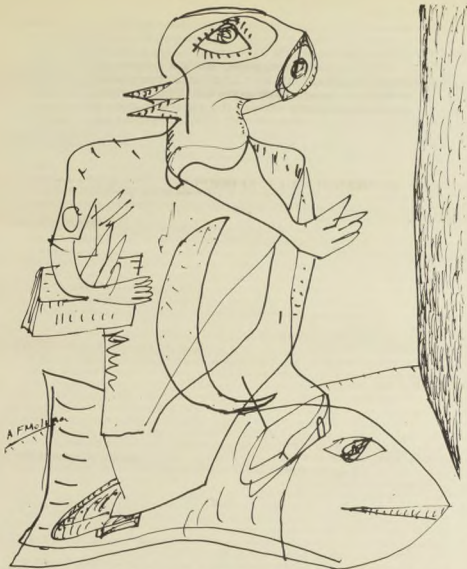
No podría considerar la balsa como el mero instrumento de una divinidad desconocida, tal y como creen los peregrinos; tal cosa sería ignorar su esencia, que es esencialmente misteriosa. He llegado a considerar la balsa en sí y por sí misma. Lo de remitirla a un dios es el recurso fácil de la masa de la que huyo. Si la balsa pronostica es porque permanece en contacto vivo con la conciencia secreta de las cosas y porque en su ser fluido se compendia el ser que en el espacio y en el tiempo puebla el mundo. Su imagen es la imagen de todas las cosas, su movimiento lo conforma el reflejo de todos los seres.

La balsa no es muy grande, pero sus dimensiones crecen en el crepúsculo, cuando los objetos se resignan a soñarse, y el agua se riza lánguida y es la pupila abierta del espacio.

Yo la observo a esa hora: miro la superficie que se convierte en el fondo, atisbo el fondo que ya es la superficie. En el centro de la balsa se forma un remolino de un azul intenso que convoca a las aguas en un círculo lento. El agua lostorece y después de haber girado, parece estancarse contra su voluntad, fuerza su movimiento a un retroceso, se para, y parece solidificarse y semejante a un bloque de hielo se agrieta en silencio. Después vuelve a licuarse cubriendo por espasmos decrecientes la extensión de la balsa. Aguas translúcidas pueblan la superficie, la espuma, dispersa entre las hierbas flotantes, se vuelve casi violeta, y tras doblegar su propia excitación, la balsa entra en una quietud mística, acepta la bruma abovedada que la ciñe y se limita a reflejar los objetos que se asoman a su espejo. El espíritu del agua se ha enfrentado consigo mismo, ha cuestionado su capacidad mágica. "La encrucijada lo es porque es leve e irrompible", pensaba.

Ahora la balsa es un intersticio abierto en la opacidad de la realidad física. La imagen reflejada en el agua es la imagen del sueño.

El árbol material no existe, sólo su reflejo en el agua existe, en el envés del mundo, donde la sombra de sus ramas parecen sostener el vertido estelar de un cielo oblicuo. A esa hora el mundo es sólo un intervalo que espera la revolución más definida de la noche. Yo, entonces me acercaba a la orilla y observaba el árbol que allí crecía, y mirándolo en el agua captaba su vibración, y la imagen reflejada allí era el poema. Y decía sin pensar, descubriendo con la imagen: "El árbol... el árbol en el seno del agua". Y aquella hora, y la imagen trémula del árbol en el agua, y el agua y la hierba silenciosa, y el árbol macizo que se contempla, tenso, en el agua, y el cielo y su luz transitoria, eran una sola vibración, una sola dirección; y construían, o comenzaban a construir como una música informe, elemental, callada. Entonces, las aguas no me revelaban nada, la suspensión del instante era suficiente.



L. 2 37.

Pero durante las noches de plenilunio, el fulgor del satélite establecía una correspondencia intensa con la balsa. Las aguas, flexuosas, se agitaban en su metamorfosis y giraban alrededor del reflejo lunar. Era entonces cuando el agua se tornaba lívida y yo tocaba el flujo embriagador de la luna.

Me introducía desnudo en la balsa, observaba a través de la superficie la luna izada en el cielo; veía cómo su foco de luz llegaba al fondo, cómo el disco de luz blanca oscilaba y se deshacía en la urdimbre de vegetales muertos del fondo.

Las visiones giraban cuando intentaba agarrar la luz, y el agua, y el reflejo de la luna daban vueltas y yo me perdía en esas vueltas, y lo que observaba entonces, centro generador de órbitas, era el pasado, el presente y el futuro como un grito.

A pesar de la permeabilidad que creo facilitar en mis sesiones de alumbamiento no dejo de notar una hostilidad concreta por parte del agua. En realidad no existe compenetración en el sentido de conjunción, pues averiguo el mundo en la lucha. Todavía me inquieto por ello.

No sé con qué logro una relación más auténtica: con el ser líquido, con la sustancia que permanece en la balsa o con lo que hace que ésta se mueva o sea, viva, en el silencio. No podría efectuar una división fulminante separando el ser del agua y su contacto conmigo de la cosa que es el fondo de la balsa, a pesar de que es allí donde creo que vive e irradia la hostilidad de la que hablo. Es algo que se rebela a ser conocido y descubierto, como si su existencia dependiese de permanecer siempre en lo oculto.

Es el corazón del agua, del que parte una sombra que, paulatina, posee a la balsa por entero y la transforma en una masa impenetrable. Ningún objeto se refleja en la superficie; siniestra, no reconoce ninguna luz.

Pero sabía o me había resignado a aceptar en esta red de antagonismos que tanto ese aspecto oscuro como su habitual calma durante el recorrido diurno eran las manifestaciones, los gestos de una sola unidad. Con el tiempo las desazones conceptuales habían ido perdiendo su inicial hervor dialéctico y ahora que yo creía que el universo era una perpetua fluctuación la aparente contradicción de la balsa representaba una unidad mágica y misteriosa que en términos discursivos era totalmente irresoluble. Esta dualidad me hacía pensar en Dios y en la historia. Nunca supe por qué dios el agua recibía sus efectos mágicos y desnudaba el tiempo. Con la sucesión de desilusiones cada vez más materiales y próximas, las perspectivas de fuego se fueron extinguendo y, ante la inactividad divina creció en mí como consecuencia, la idea de que Dios habitaba el ser del hombre, pero que sólo se manifestaba si la voluntad de éste accedía. Era el hombre quien hacía posible el surgimiento de Dios, (su idea a pesar de todo); y, así Dios, como ser onnipresente y omnisciente no existía como tal: ese era el nombre que recibía el hombre en el resplandor de sus facultades. Al final acabé, agotado, admitiendo que Dios era el hombre, pero que un incomprensible e infeccioso tipo de miedo se obstinaba en él, y así el sacrificio persistía.

En busca, sin embargo, de un universo explosivo estudié con pasión antiguas mitologías. Un día concebí en barro una figura desprovista de rostro que emergía, retorciéndose, de una masa fundamento. Anónima, sin referencias, representaba al hombre agónico en el sueño de sí mismo.

No terminé de ponerle nombre: el Dios-Hombre, el Dios-Hombre; el Hombre del Dios, el Dios del Hombre... Con gozo, pero algo temeroso, instalé una gran piedra en el centro de la charca y sujetándola a sus huecos coloqué mi escultura. Mi temor no era trivial. Yo, así, tentaba el rayo divino, pues no había construido un simple idóllito para adorar una idea, sino que aquella figura expresaba mi duda y mi abismo y cuestionaba la intervención divina en el orden del cosmos. Creí ver los retorcimientos de la estatua reflejados, camales y vivientes en todo lo que se constituye y se engendra en el mundo. La fuerza de tal visión no radicaba en los méritos de mi creación, ésta había sido tan sólo un medio como lo podía haber sido un poema o una imagen pintada, sino en la posibilidad que tenía mi ser para horadar y actuar en el mundo, la capacidad que ostento cuando me ubico y me integro en lo existente y reproduzco en mí su latido exhausto.

Vi pronto enmohecerse la estatua y ser alcanzada por la hiedra que desde la orilla alargaba sus finos tentáculos. Sonrei entonces ante el nuevo aspecto de la balsa, pero la pérdida de su gloria de antaño se me hizo repentinamente más amarga. Por la noche imaginaba que la estatua abandonaba su pilar, atravesaba el césped y penetraba en mi choza y mirándome con su rostro hecho de arrugas me mostraba una esfera que, tras indefinibles transformaciones, se le podría en las manos.

Una vez que salí al monte en busca de leña tuve una aparición. Me encontré, surgido de ningún sitio, con un hombre alto, de edad mediana; me llamó la atención la simetría exactísima de su cuerpo. Portaba una túnica azul ceñida con un cintillo del mismo color y en la cabeza llevaba un estrafalario sombrero zigzagante. La unión de su rostro me hablaba de los fulgores primeros. Enfrente mío, me habló: la lámpara está sumergida. Oculta en lo hondo su brillo hace tiempo que ha muerto. El fantasma de su luz respira en los ocultos.

Tras una pausa continuó: sin embargo, el oráculo reside en el agua porque el hombre cree y sueña. El oráculo es el agua misma y el hombre mismo. El agua no refleja sino lo que tiembla, no presagia sino lo que ya acontece. La lámpara es la conciencia del hombre que a pesar de su lucidez no escapa al sueño, porque éste le muestra lo que la lucidez prologaba.

Dichas estas palabras pareció fundirse con el entorno y ya no lo vi más.

Curiosamente la admiración que sentí después era más por el sentido de las palabras de la aparición que por la aparición misma. Tras reflexionar sobre sus sentencias cierta quimera se descompuso en mi interior. Me encontraba en la misma encrucijada que el agua experimentaba durante el peso de la tarde. Una configuración oscilante y movediza que coloca su centro en cualquier parte y que así provoca el espejismo de una multitud de centros imposibles y los hace inaprehensibles: esa era la sensación que me conquistaba. Tuve miedo, e, impotente de pronto, corrí hacia la balsa. Recuerdo que entonces pasaba los días expectante, interrogando sus orillas con mi presencia continua. Creí que la aparición era la señal definitiva; no distinguía a quien o a qué se dirigieron sus palabras, pero sentí que enmarcaban la dinámica secreta de las cosas y que yo estaba incluido en aquel girar. Quería que las aguas me lo confirmasen. Sentado en una piedra esperaba la respuesta. No logré descifrar nada. Ya que todo es conciencia de todo, y nos perdemos para encontrarnos como pérdida, esperé entonces cualquier cosa: una voz, una llama verde, la sombra del príncipe ahogado que regresaba, o incluso algún objeto costroso que emergiese del fondo.

Pero no observé nada, ni en las aguas flotó ningún signo.

Tirando piedras en la balsa para ver las ondas que se producían recordé las palabras del mago: "Las aguas no presagian sino lo que ya acontece". Pero lo que acontece es desigual y puede ocurrir en cualquier parte, argumenté. Volví a sentir miedo y esta vez fue más preciso.

Caminé interminables jornadas buscando a alguien a quien explicar lo que había averiguado. Pero no hallé a nadie en los duros desiertos ni me topé con persona alguna en las selvas abigarradas.

Refugiado en unas ruinas, soñé una noche que me transformaba en un árbol que crecía en la orilla de la balsa. En un terror vertiginoso, mis raíces atravesaban la tierra empapada llegando al agua donde entrelazadas con el cieno y los cadáveres de la turbera se perdían en un remolino execrable.

No caminé mucho más sin ser vencido. Un día de invierno que regresaba a mi choza, percibí algo borroso en un ángulo de la balsa. Tuve que romper el hielo con un hacha para extraer el cuerpo de un hombre desconocido. Lo coloqué en tierra y lloré. "Podríamos haber hablado juntos y quizá me hubiese contado cosas que desconozco".

Ahora paso el tiempo mirando por la ventana cómo el universo sigue preguntando por su destino y cómo, imaginando todas las respuestas, no se queda sino con la huella de confusión de todo su proceso.

La vida, franca y celeste, multiforme y huidiza, absoluta y dividida había estado ahí siempre. Pero la balsa mágica me había advertido de su contingencia y de mi imposibilidad a su acceso. Yo rendía culto a su belleza secular, pero ella nunca advirtió mi postulación amorosa. Acepté el veredicto y cerré los ojos y fue ese momento una brizna que abarcó todo el páramo.

JOSE MARIA PIÑEIRO.

VALENTIN ARTEAGA

Nace Valentín Arteaga el 25 de enero de 1936 en Campo de Criptana (Ciudad Real). Se licencia en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Reside actualmente en Tomelloso (Ciudad Real) donde dirige el Grupo Artístico y Literario Jaraíz.

En su producción figuran los libros "La esperanza del barro", "Dios en voz baja", "Umbral de la distancia", "Arde el sol como un templo", "Las barcas de la memoria", etc.

Ha obtenido entre otros, los premios Fray Luis de León, Jorge Manrique, Ciudad de Puertollano, Juan Alcáide y Florentino Pérez-Embú de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras con su libro "Un rostro va en su música" del cual hemos seleccionado unos poemas.

5

*Que fugaz es un rostro, se vacía
lo que los dedos juntan, nada existe
más que un fulgor apenas, un polvillo
de la nada radiante. Nos trasciende
el conjuro del sueño. Un rostro es
el vaivén de su música, los pólenes
del milagro en la brisa,
ese concierto de los seres volados.*

Vamos, va,

*el enigma los dos. ¿De qué ansiedades,
de qué surcos del aire, qué esperanzas
venimos a encontrarnos, quién sopló
con amor nuestros párpados? El día
pone tensa luz, teje la aurora...*

*No tocaré este rostro, no lo haré
hasta que pasen siglos, crucen rosas;
y el cosmos sea verdad, no tenga miedo
el río a que lo bese, y la manzana
desnude su pudor como hace un día
a la orilla del mar y esplende el aire.*

6

*Piedra animal tan múltiple, qué viento
cinceló su fijeza.*

*Su luz hierre las aves. Es un rostro
de extática ansiedad, de disparado
y ardoroso clamor, es casi límite
ceremonial del cuarzo y la gacela
elevados y eternos, ancha selva
el pensamiento aún.*

*Rostro que quede
quizá como señal.*

*Oh, temor de mirarlo, balbuceo
de la historia que estrena en la hipnosis
la luz cobre del aire, el sobresalto
del tiempo casi humano, perfil duro;
rostro que no ha vencido, pero empuja
las cancelas del aire. Rostro de piedra,
terca evidencia pura que hubo un día
vida aquí en el paisaje y en la música.*

7

*Ah, manos con el tiempo resbalando
norias, amaneceres, lentas huellas
de emoción e inocencia,*

*manos casi
sin arena, sin playas, con el mar
huyendo como un pétalo de luna
marchito entre los pliegues del estío,
no toquéis ni un momento los vislumbres
de ese rostro,*

*el rocío inverosímil
de sus párpados, id a la frontera,
a la aduana rauda de las olas
tal un escalofrío; cómo fulge
esta fija belleza pedernal
llovida entre los árboles;
volved*

*las barcas hasta el puerto, a aquellos días
no colmados aún, poned los dedos
a trenzar la memoria, el arcoiris
que cruza una caricia;*

*yo en mi alma
ya he sentido el misterio de sus pómulos,
de una seda inconsútil; es un rostro
para mirarlo apenas. Viene súbito
tal una melodía entre los párpados.*

NONI BENEGAS

Noni Benegas, escritora de origen argentino, reside actualmente en Madrid. Autora de dos importantes libros: "Argonáutica" conjunto de prosas poéticas editado por Laertes, con el que ganó en 1982 el Premio Platero que concede el Club del Libro Español de las Naciones Unidas, y "La balsa de la medusa" que ha recibido recientemente el Premio Miguel Hernández de poesía convocado por el Excmo. Ayuntamiento de nuestra ciudad. Es traductora de francés e inglés para organismos internacionales y colaboradora en diversas revistas de interés nacional. Como presentación ofrecemos al lector una muestra de "Argonáutica" obra maestra del difícil género de la prosa poética, y una breve selección de "La balsa de la medusa" realizada por la propia autora.

Los hilos dorados de la imaginación colectiva

*La sospecha -era lo último
que podíamos generar-
nos empujaba a bautizar cada cosa
con dos nombres*

El lenguaje

*Que el lenguaje fuera una cadena
porque el tiempo lo es
nos hizo dudar del tiempo
hecho de instantes
sustantivos que la memoria adverbial
como un torno busca la tierra en un punto cualquiera
del planeta
o el bailarín la danza
girando sobre sí
Dijimos el tiempo por los instantes
el lenguaje por las palabras
para aliviarnos del lento trance
de cada instante
de cada palabra*

La formación del presente I

*De dos plantas enlazadas
de diversa cepa
de antípodas en un mismo punto
de tiempos diferidos
cuya perspectiva poseo
Gestos imbricados desde una atmósfera remota
por la que nado porosa*

La formación del presente II

*Condensado azul en una gavilla de tiempo
sujeta
hasta fundir el atributo de una figura del presente
elegida por su rumor pasado.
Una y su símil
hasta apagar la persistencia*

Trajes griegos

*Por la mañana
un espejo vuela en sí a quien lo mira
Por la mañana
la sábana ajada
y los golpes mate de un juego remoto
Por la mañana
los antiguos chorros sin herida
buscando en el armario de los trajes griegos*

El mar de hielo

*El mar de hielo surge a 4.000 metros
de altura
Entre dos cumbres ondea el valle
de senos de estatua
Mientras el día se desenvuelve mecánico
como un piano de cinta
el mar
oblicuo de tubos de un níveo órgano
a la deriva
contiene muchedumbres
Quien lo mira recorre su vida
en un instante
furioso
ordena trescientos azotes.
El mar astillado, rie.*

Cariátide

¿Era una cariátide o lo fingía? No lo sabemos
pero que todo dejó que se deslizara que fuera
cayendo con o sin estruendo Polvo a lo lejos
y un fragor inmemorial que se alza como una nube amarilla
de alba de Turner u hora del día en que el día cambia
no sujeto a un calendario abstruso solar
Caían primero fluían luego diríamos que evaporaban
las cosas de ella Nunca sabremos si sostenía
con los brazos o con la cabeza si los hombros erguidos
se disolvían en el punto de embriaguez de un horizonte
de alta montaña o una insoportable aventura del alma
la empujaba a perder la mirada en los meandros terrestres
O si adivinaba a la distancia y al acercarse a su rostro
un párpado de estatua paralizaba al voyeur y temíamos
entonces que ese mundo nos fuera ajeno para siempre
¿Era una cariátide o lo fingía? Pero que todo
dejó que resbalara que fuera deslizándose hasta
abandonar su planta hasta alejarse de ella.

(De "La balsa de la medusa")

UN CONJUNTO BORROSO

Había una vez un enorme jarrón que tenía todos los invitados adentro. Pataleaban y acariciaban y apenas se entendía (lo que querían decir) pero todos sentíamos una invisible cadena o cordón como los de los barcos cuando hay marejada que nos permitía circular por el sentido inverso. «Te amo» dijo uno, y no hubiera bastado de nada si cada oreja no hubiera traducido simultáneamente esta expresión a su propio lenguaje untuoso: «vámonos» «retirada» «feliz» «olvido» «completo» carteles varios que los sucesivos rostros afichaban mientras se hacía de día y éste se iba uno atrás del otro.

Iremos y nos defendremos en aquella expresión oculta ¿qué quiso decir? ante ese rictus ¿vacilaremos? ¿cavilaremos? ¿y qué? ¿no sabemos acaso que hay unos antediluvianos que aún seducen, es decir, conversan, besan, abrevan, intercambian, pero el ser de ellos es el seducere?.

(De "Argonautica")

VENTANAS Y VACAS DE AGUA

«AL-UKSUR. Genuinamente tuyo» sonrió la marquesa. Yo jugaba y jugaba y no encontraba el broche «¿Cómo se cerrará?» insistía. Un puente de arena húmeda conducía a la Tebas de los muertos. El puerto de los alcázares no era sino un suburbio de la Karnak imperial. Ventanas y vacas de agua.

«¿Estar vivo sería contemplar el cementerio desde aquí?» intrigó proyectando el busto fuera del marco «Curioso» se dijo «sólo asomándome veo la estrella» Esta repique-teaba en lo alto chasqueando las mañanas con su taco de rayos.

«Nubia y Palmira» inclinó la meretriz en la bandeja de plata. Cada tarjetón contenía un nombre iridiscente sobre la playa oval. «Ser una mera actriz no ha de ser fácil pensó dirigiendo a la mensajera una sonrisa figurada sin quitar los ojos de la idea que acababa de tener «arrastran la cola, pero es un decir, porque en realidad apenas rozan el pavimento izadas sobre esos finos tobillos de caña»

La composición decía: «Esperamos la invasión desde hace dos siglos, no permitas que coloquen un cartel en cada ciudad anunciando que nuestra correspondiente es la otra. Sólo cabe sustituir una. Derrota las ruinas».

«Si fueran un conglomerado» meditó «pero por serlo se me escapa. Palmira debe de estar ahora con Catay; Nubia mostrando graciosa el pubis a Leni. Y Tebas que se hunde. ¡Déjame que beba a tu subiduría!».

¿Qué hombros tan desfasados encuadraba la ventana! Nadie conoce la expresión de su rostro vuelto en el brindis frente a las arenas.

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.*

FRANCISCO DE QUEVEDO.

Hace ya unos meses que queríamos hacer una reflexión respecto de lo que observamos en el amplio espectro de la poesía contemporánea española. Sólo el espacio relegó tal comentario.

A todas luces la situación de las artes es dramática debido a una pérdida clara de sus valores, ya sean estéticos, morales o extramorales. Las grandes tragedias, las epopeyas y guerras de siglos pasados se convierten hoy en vulgar sensacionalismo que forma ya parte de nuestro vivir cotidiano. Sin duda este país acusa una extraña queerencia a la crudeza; no lo entendemos. Si tuvo justificación en los primeros años de pretendidas libertades, pero actualmente ese culto a la información más veraz se troca en golpetazos torpes que dragan los fáciles pilares internos del hombre. Se quiere que seamos estúpidos y sin remedio volvemos al caos primitivo, a la originaria confusión. ¿Qué ocurre con la pintura, música y poesía? Los creadores ya no saben que crear, los corroe la impotencia. Baldío el esfuerzo, han sido deglutidos por la espiral sin retorno. Pero hay que crear como sea para seguir ligado a los ambientes intelectuales: hay que ser líder de la tertulia de turno en televisión, o conferenciante maestro en el pícaro oficio de la improvisación, o moderador de mesas redondas, o ponente en un absurdo congreso; así, de esta manera, el artista o escritor se convierte en un vulgar ejecutivo que dedica siete u ocho horas a su "quehacer" como el empresario que dedica esas horas a su negocio.

La poesía que tiene España hoy es mediocre: tan sólo exige una dosis de sentimentalismo albarado, otra de cultura, a ser posible algo recóndita, y para redondear un toque de escepticismo bárato. Basta saber escribir y reunir esos ingredientes para ser poeta. Inmensas listas reflejan las nuevas publicaciones, es el reino del lodo, del fango, y dada esa confusión, cada vez se hace más arduo encontrar algo interesante. Y es que este país tiene pocos creadores verdaderos, si acaso los supervivientes de períodos pasados, alguno de formación posterior y otros perdidos en la vorágine librera de estos últimos años. Hoy no es aconsejable ir a una librería, comprar unos libros deprime. A menudo son ediciones carísimas con buen papel y mejor presentación, y en su interior poemas con los ingredientes que habíamos nombrado anteriormente: exceso tono prosaico cuando no torpe lirismo doblemente equivocado, pues se da con brusquedades y a destiempo, con sospechoso amaneramiento.

En ellos no habita la sorpresa, pocas veces transmiten conoción, lo mágico está ausente. Y es lógico, no pueden escribir sino con frivolidad y grandilocuencia sentados en sus despachos, a la espera de que surjan por milagro las musas urbanas. Al menos creemos que históricamente dejarán constancia como clase social, a saber, la nueva burguesía letrada. El supuesto poeta actual cree estar rompiendo barreras cuando lo único que hace es arrastrarse por el barro de su torpeza; es un tímido contestatario que aburre y se autoaburre con sus sabidos sonsonetes.

Asimismo el sentimiento siniestro del doble se nos da continuamente, pues estos poetas se desdoblán con pasmosa facilidad y a veces se hace más cruenta la identificación entre ellos. Hoy en día el autor no cuenta porque el poema es el mismo y nadie se cree capaz de juzgar y valorar con criterio propio esas repeticiones. Quizá pretendan crear generación o similar, es posible. Tal vez porque no pudieron aferrarse a movimientos como epígonos (no creemos que geniales) o como precedentes. Se dan líneas tan confusas como la que sigue no sabemos qué pasos de un tal Cavafis, o aquella otra neoveneciana o postnovísima que no encontramos ni entendemos el saber a que responden. Muchas veces los de una están en las otras y promiscuos ellos pretenden que uno de esos montajes germine en algo, por otra parte tan inexistente como sus propios poemas. O si no irrumpe lo cotidiano o el metapoema, sumergidos en un ensueño vano que apenas si roza la superficie de las cosas, las primeras formas que aparecen delante de sus ojos. O los poetas tabernícolas, aquellos de la cita oculta en el café, de sus ojos buscándole entre el humo, de aquella hora tan triste de la tierra y demás sentimentalismos de mercadillo. O ese profesor que por su carrera de letras se ve obligado a escribir cuentos o poemas para luego presentarlos a la lotería de los concursos para poder así descollar como escritor. Eso sí, todos debidamente antologados.

Hemos vuelto al caos y con él lo tribal. Confraternizados van dominando las editoras modestas y aun las ya sentadas. Son mercaderes de la cultura que respaldados por el poder, asedian las editoriales con sus entregas estériles y vacías. ¡Y dicen que sobre gustos no hay nada escrito! Que se lo pregunten a L.A. de Villena y otros.

De esta forma, ante la completa inutilidad que representa escribir poesía hoy, ya que dejó de ser oficio de privilegiados, nos resta, pues, reivindicar el compromiso que no tiene porqué ser a través de una poesía social, sino en la dedicación plena al poema; es así como el poeta puede ser un verdadero comprometido con la sociedad a través de su honestidad como creador o por el contrario podemos huir del mundanal ruido, convertirnos en eremitas, o leer con tranquilidad folletines, relatos de terror y de cuatrerros, ya que al menos son conscientes de la mediocridad que te ofrecen: son coherentes consigo mismos: Y eso sí, no olvidar nunca a los inmortales, a los poetas verdaderos, a esos que ya no existen ni parece que existirán en muchos años.

JOSE MANUEL RAMON
JOSE LUIS ZERON



AFB101124

COORDINACION:

José Luis Zerón Huguet.
José Manuel Ramón Gutiérrez.
Fernando Piñeiro.
José María Piñeiro
Juan Carlos Gras Pérez.

COLABORACION:

Ada Soriano.
Santiago Lloret Gambin
Jesucristo Riquelme.
A. Fernández Molina.
Raimundo Ramírez de Antón.
Juana J. Marín Saura.
Miguel Ruiz Martínez.
Valentín Arteaga.
José Manuel Feito.
Luis Gago Fernández.
José Alberto Pardines Pellús.
Jesús Arqués.
César Augusto de León Morales.
Noni Benegas

DIBUJOS:

A. Fernández Molina.

Antonio Fernández Molina nació en Alcázar de San Juan (Ciudad Real) en 1927. Fue fundador de DONA ENDRINA, redactor jefe de DESPACHO LITERARIO y secretario de redacción de PAPELES DE SON ARMADANS. Actualmente reside en Zaragoza. Poeta, ensayista, novelista, traductor y pintor. Toda su obra, alejada de corrientes de moda, es producto de una creación original y auténtica, que supone un acercamiento a las primeras vanguardias. A. Fernández Molina investiga en la palabra y la imagen plástica sin dar la espalda al presente que vivimos. Su aparente ingenuidad es una respuesta a la problemática de este mundo despersonalizado en que vivimos.

Para cualquier sugerencia o colaboración llamad al teléfono 530 14 52 o escribid a José Luis Zerón Huguet. C/ Pepe Baldo. Esc. 4º C. Orihuela (Alicante).





PATROCINADA POR:

**Excmo. Ayuntamiento de Orihuela
Concejalía de Cultura**

GRAFICAS MINERVA - TELF. 30 47 28 - ORIHUELA